



NACEN LOS
HÉROES

LA ERA DE MIGUEL II



LIBRO II



QUIN DELGADILLO

©copyright Autor: Quin Delgadillo

Nacen los Héroes – Segundo libro de la saga: «La Era de Miguel»

ISBN: 978-9917-0-3615-9

Deposito Legal:8-1-496-2024

Hecho el depósito que indica la ley en el Decreto supremo N° 28598

Reservados todos los derechos, queda rigurosamente prohibida, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

1ra. Edición, marzo 2024

TITULO DE LA OBRA

«LA ERA DE MIGUEL» - Tomo II

Libro 1: Herejes y Traidores. (publicado en julio del 2023)

Libro 2: Nacen los héroes.(publicado en febrero del 2024)

Libro 3: (próximamente, junio 2024)

Autor: Quin Delgadillo

Cel: 77024030

E-mail: qdelgadillo@gmail.com

Web: www.quindelgadillo.com

Facebook: www.facebook.com/quindelgadillo

ISBN: 978-9917-0-3615-9

Depósito legal: 8-1-496-2024

Corrección de estilo: Lic. Juan Alain Muñoz Hurtado. Cel: +591 709-44581

Corrección ortográfica: Maria Betty Salazar y Paul Delgadillo.

Ilustración de portada, mapa y artes: Milton Jairo Panozo Mejia Seudónimo, H'amilton. Instagram: @miltonjairopanozo

Fotografía del autor: Peter de Souza. Cel: +591 609-03623

Diseño de Portada: Msc. Lic. J. Paulo Morales V. - Ideographic Studio.

Impreso en: Imprenta Jiménez.

DEDICATORIA

—Papá, quiero leer su libro —me dijo mi hijo mayor. Aquella mañana mi día se iluminó, y puedo decir con seguridad que fue uno de los más felices de mi vida. Saber que estoy dejando un legado y a su vez una gran historia de las que mis hijos podrán hablar siempre; es algo que me llena de orgullo y satisfacción.

Mi segundo libro, se lo dedico a mi amado hijo, Ian; que las aventuras en el mundo de Trimeria, hagan volar tu imaginación y pases momentos inolvidables de la mano de la lectura.

Te amo.



NACEN LOS HÉROES

LA ERA DE MIGUEL II

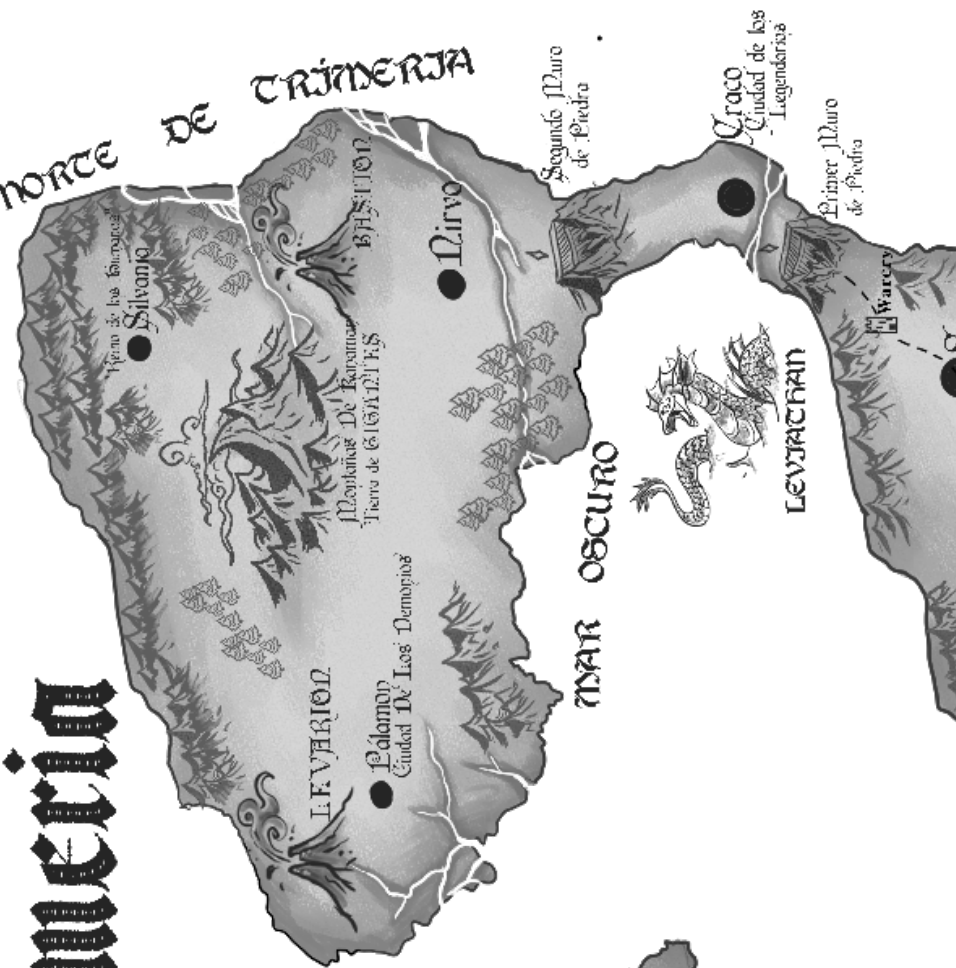
—SOY LO QUE LOS ANGELES
MAS TEMEN, SOY CAOS Y DES-
TRUCCION PARA SU GOBIERNO Y
LIBERTAD PARA TODAS LAS RA-
ZAS Y CIUDADES DE TRIMERIA.
SOY ALAIN, Y SERE LA LUZ EN
ESTE MUNDO DE SOMBRAS.



H'
M
N

Timelin

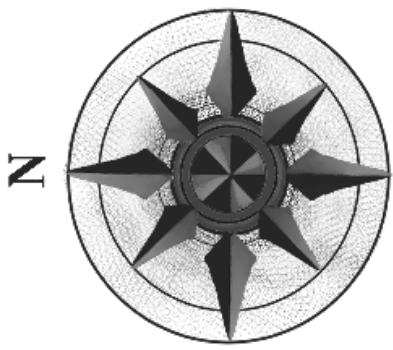
NORTE DE TRIMBERJA



SUR DE TRIJMERJA



OSCURO MAR





CONTENIDO

DEDICATORIA.....	7
MAPA.....	10
PROLOGO - TRANSGRESIONES.....	15
PRIMERA PARTE	
EL CABALLERO DE LAS CALAVERAS.....	17
CAPÍTULO 1 - CRÁNEOS Y HUESOS	19
ILUSTRACIÓN - VALDROCK Y ASTERIA.....	26
CAPÍTULO 2 - EL ÁNGEL ATRIZEL	27
CAPÍTULO 3 - EL ÁNGEL ATRIZEL II.....	34
ILUSTRACIÓN - EL ÁNGEL ATRIZEL.....	41
CAPÍTULO 4 - FLOR DE PEONÍA Y FRAGANCIAS DE FRESIA Y GARDENIA. 42	
ILUSTRACIÓN - LA DESPEDIDA	48
CAPÍTULO 5 - UN VISITANTE DE OSCURIDAD	49
ILUSTRACIÓN - A LAS PUERTAS DE AURIAS.....	55
CAPÍTULO 6 - LAS TINIEBLAS CONTRA EL FUEGO	56
CAPÍTULO 7 - LAS TINIEBLAS CONTRA EL FUEGO II.....	64
ILUSTRACIÓN - EL HOMBRE DE MIS PESADILLAS	74
CAPÍTULO 8 - DESCANSEN CON LOS MUERTOS Y VIVIRÁN.....	75
ILUSTRACIÓN - LAS ALCANTARILLAS	85
CAPÍTULO 9 - EXAMINADOR DE ALMAS.....	86
CAPÍTULO 10 - EXAMINADOR DE ALMAS II.....	93
SEGUNDA PARTE	
EL CONCILIO DE LOS DOCE.....	101
CAPÍTULO 11 - LA INVITACIÓN	103
CAPÍTULO 12 - TARSO.....	111

CAPÍTULO 13 - DOCE CIUDADES Y DOCE PATRIARCAS	120
CAPÍTULO 14 - DOCE CIUDADES Y DOCE PATRIARCAS II.....	127
CAPÍTULO 15 - LA CELDA MÁS ALTA	139
CAPÍTULO 16 - BIENVENIDOS TODOS A TAVERIM.....	147
CAPÍTULO 17 - BIENVENIDOS TODOS A TAVERIM II	156
CAPÍTULO 18 - CADENAS DE ALMAS, «TORQUEN ANIMARUM»	167
CAPÍTULO 19 - EL REY MALDITO	174
CAPÍTULO 20 - EL REY MALDITO II	186
CAPÍTULO 21 - EL MÁS FUERTE DE LOS GUARDIAS	197
CAPÍTULO 22 - MIRKO, EL PATRIARCA SUPREMO	204
TERCERA PARTE	
EL ÁRBOL DE TIKVA.	213
CAPÍTULO 23 - LANZAS Y PIEDRAS	215
CAPÍTULO 24 - LANZAS Y PIEDRAS II.....	227
CAPÍTULO 25 - TARAREO DE PRISIONERO.....	232
CAPÍTULO 26 - LODO Y MUERTE.....	241
CAPÍTULO 27 - LODO Y MUERTE II.....	253
CAPÍTULO 28 - NOSTALGIAS DEL PASADO	261
CAPÍTULO 29 - EL ÁRBOL DE TIKVA	270
CAPÍTULO 30 - EL ÁRBOL DE TIKVA II.....	284
INTERLUDIO - DAN LANDEVIR	293
CAPÍTULO 31 - EL SONIDO DE UNA ESPADA CORTANDO LA CARNE Y EL HUESO	295
CAPÍTULO 32 - CEREMONIAS DE INICIACIÓN	303
CAPÍTULO 33 - LA TIERRA TEMBLÓ	315
CAPÍTULO 34 - TRES TESTIFICADORES DE FE	327
CAPÍTULO 35 - LA CARA DE LA DEVASTACIÓN.....	342
CAPÍTULO 36 - EL SALÓN SE VISTE DE FIESTA	351
EPÍLOGO - VISIONES.....	363
NOTAS DEL CRONISTA DAN LANDEVIR.....	381
AGRADECIMIENTOS	383

PROLOGO

TRANSGRESIONES

«Soy lo que los ángeles más temen, soy caos y destrucción para su gobierno, y libertad para todas las razas de Trimeria. Soy Alain, y seré la luz en este mundo de sombras» —dijo Alain.

La primera vez que oí estas palabras, me parecieron una completa locura. Quien sea que haya dicho aquello podría fácilmente catalogarse como un auténtico loco. Pero cuando las oí de boca de aquel hombre, sonaron muy diferentes; ahora eran palabras de libertad, promesa de tiempos venideros, eran profecía, luz y esperanza.

Yo, Dan Landevir, el último cronista de Aurias, les relato esta historia a través de unas manos humanas que encontré en estos tiempos, manos que continúan bajo mi control y que escriben cada palabra que susurro en su mente.

Sin embargo, soy solo el mensajero de esta gran historia. Les traigo un mensaje, formado por cada acto que este hombre, Alain, creó con sus hechos. Hombre al que tiempo después muchos se refirieron como «El», en honor a su divinidad.

«El», trajo la paz al mundo, pero ¿cuál fue el precio?, en los hechos que me lleva a relatarles en esta se-

gunda parte de la historia, las cosas no hacen más que empeorar. Las transgresiones y profanaciones de «El» y su amigo Edmond, en tierras de Taverim, empiezan a cobrar consecuencias cuando un caballero oscuro visita la ciudad de Aurias, poniendo en alerta a todos los guardias de la ciudad.

Esta historia continua ahora, pero nos remontaremos a la ciudad de Dorian y unos días atrás, para conocer más acerca de este caballero oscuro, al que llamaban: «Valdrock».

PRIMERA PARTE
EL CABALLERO DE LAS
CALAVERAS.





CAPÍTULO 1

CRÁNEOS Y HUESOS

Los rumores acerca de lo ocurrido en la fortaleza Pen, a tan solo cinco kilómetros, estaban dando mucho de qué hablar entre los habitantes de la ciudad de Dorian. Aquel día, en la posada, todas las conversaciones a la hora de la comida no hacían más que divagar diferentes versiones de lo ocurrido.

—La fortaleza Pen, hace algunas noches atrás, fue tomada por dos extraños —dijo un hombre canoso, sentado alrededor de una mesa, casi en el centro de la posada. Estaba acompañado de otros tres individuos más.

—Dicen que eran demonios —dijo otro—. No, espera, también oí que eran mercenarios, contratados por

la sacerdotisa miguelina Victoria. —Se corrigió luego de pensarlo por unos segundos.

—¿Y cómo explicas que dos extraños hayan matado a varios lobos infernales? —dijo el más joven de la mesa.

—Tienen que haber sido demonios. Además, no fueron varios lobos, solo fue uno —afirmó el primero que habló.

—Yo escuché que decapitaron tres cabezas de lobos infernales y las pusieron en las puertas de la fortaleza. Eso quiere decir que esos mercenarios mataron a tres —explicó uno de ellos.

Un poco más allá, en la barra de la taberna, un par de camareras daban cuenta al posadero de la información recopilada de las mesas.

—Dicen que un profanador ingresó hasta el templo de la fortaleza Pen. Y que este, estaba completamente desnudo. Y desafió a la sacerdotisa, con insultos y amenazas —dijo la camarera pelirroja.

—Yo escuché decir que fueron dos profanadores —dijo la otra camarera—. También, escuché que la sacerdotisa los llevó a juicio.

—Los expulsó de la fortaleza en la noche, cuando las bestias demoníacas atacan. Sin embargo, ellos regresaron y ofrecieron, en ofrenda, la sangre de los lobos que mataron —dijo la pelirroja.

—También, escuché decir a los señores de la mesa del centro; que mientras Victoria los condenaba, otro sacerdote, un tal Dilan, los bendijo con la luz de Miguel, a cambio de obsequios místicos —dijo la otra camarera con gran expectación. El posadero alzó una ceja con actitud escéptica. Los comentarios eran variados y a veces hasta

discordantes.

—Por eso ya va siendo hora que nuestro patriarca, el sacerdote Aren, saque de ese lugar a todos los sacerdotes miguelinos y ponga en su lugar a sacerdotes raelinos; igual que en todas nuestras fortalezas. Está demostrado que la religión Raeliana es mejor que la Migueliana —agregó mientras repasaba la barra con un trapo. Luego, miró a las chicas y les ordenó que siguieran atendiendo las mesas. Ellas obedecieron de inmediato y cuando apenas se dieron vuelta, él agregó.

—Sigan escuchando que más se dice de ese par de extraños y de la fortaleza Pen —les ordenó.

En ese momento, dos guardias irrumpieron en la posada; de súbito, al verlos, todas las conversaciones y los susurros cesaron. Aquellos hombres con armaduras ligeras y armados con lanzas, representaban la autoridad en toda la ciudad, pues pertenecían a la guardia del Patriarca Aren. Eran dos hombres delgados y altos, cruzaron la estancia a través de las mesas, hasta llegar a la barra, donde el posadero se encontraba.

Cuando los guardias se acercaron le dijeron:

—¡Oye tú! —dijo uno de ellos— Buscamos al caballero Valdrock, nos dijeron que lo encontraríamos aquí.

—Sí. Ahí está —respondió el posadero apuntando con la mirada un rincón de la estancia. Las conversaciones y los susurros no tardaron en reanudarse cuando observaron a los guardias dirigirse a la barra. Cada vez se tejían más conjeturas y teorías sobre lo ocurrido en la fortaleza Pen. Algunas más lejos de la realidad que otras. Pero en todas las mesas, rincones, taburetes y sillones; se hablaba del tema. En todas, menos en una mesa en particular, una, reclusa en un rincón del lugar, aislada y solitaria; donde

una pareja, comían y bebían ignorando todo a su alrededor. El posadero indicó a los guardias aquella mesa, donde la luz de las antorchas no llegaba, y un manto de sombra cubría el sitio casi por completo, pues una débil vela en medio de ellos destellaba su luz.

Los guardias dirigieron la mirada a aquel rincón y pudieron percibir el perfil de dos personas entre las sombras. La primera de cabellera larga y figura femenina y la segunda sombra tenía rasgos duros, era más grande y a pesar de que ambos se encontraban sentados frente a frente, era distinguible que era mucho más alto que la mujer.

—¡Ve por él y dile que el Patriarca Aren necesita su presencia ahora mismo! —le ordenó el otro guardia al posadero.

—¡Ese es tu trabajo! Yo te mostré donde está él, ahora ya no es asunto mío —dijo el posadero y se apartó.

Nadie quería molestar al Caballero Valdrock y su mujer. Aquel caballero oscuro tenía fama de tener muy mal carácter. Era odiado por todos en la ciudad. Aquellos guardias se quedaron ahí parados sin saber qué hacer. A los pocos segundos observaron que la figura femenina se levantó de su silla y se dirigió hacia ellos. La mujer de rasgos finos y delicados; llegó hasta la barra y sin mirar a los guardias e ignorándolos por completo; se dirigió al posadero y ordenó.

—¡Dos copas más de cerveza, por favor! —Su voz era dulce y angelical, las personas no podían entender como una mujer tan bella y delicada podría estar casada con aquel hombre tan tenebroso.

El posadero, en ágiles y estudiados movimientos, sirvió las copas al instante y antes que la mujer los tomara, uno de los guardias le dijo:

—¡Mujer! ¡Informa al Caballero Valdrock, que el patriarca requiere su presencia en este momento!

La mujer los miró como si reparara en su presencia por primera vez.

—Valdrock está cenando ahora mismo. Ve y díselo tú cuando termine—respondió ella con cierta amabilidad, alzó las dos copas y se dispuso a irse.

En ese momento, cuando la mujer les dio la espalda, uno de los guardias puso su mano sobre su hombro para que no se fuera y le dijo.

—¡A mí no me hablarás así! —le susurró amenazante el guardia.

La mujer no dijo nada, solo se quedó quieta y esperó. Casi al instante, los dos guardias observaron como Valdrock, o más bien, la sombra de él; giró su cabeza y dirigió su mirada hacia ellos. No podían verlo, porque las sombras lo ocultaban, pero la débil luz de la vela de la mesa, acariciaba levemente el rostro del caballero oscuro.

Entonces, los dos guardias sintieron la fría mirada que los atravesaba. Lo podían sentir en su interior, pues el alma se les encogió.

El guardia, que tomó a la mujer por el hombro, en un acto reflejo, la soltó inmediatamente; luego, suavizó, el tono de su voz y le dijo antes que se fuera.

—Por favor, dile que queremos hablar con él.

—¡Lo intentaré! —dijo ella mirándolos por encima del hombro.

La mujer regresó a su mesa con las copas de cerveza y volvió a convertirse en una sombra más a los ojos de los guardias. Por algunos minutos se quedaron esperando, no podían escuchar nada de lo que la mujer le decía, pero sabían que pronto tendría algún tipo de respuesta.

Finalmente, la sombra de Valdrock se paró, la silla fue arrastrada hacia atrás con torpeza, provocando un chirriante sonido como el de la madera arañando el piso de piedra. Valdrock agarró su copa de cerveza y se la bebió de un sorbo. Luego, la dejó sobre la mesa con fuerte ímpetu y se dirigió hacia los guardias. Toda la posada se quedó en silencio y siguieron al Caballero con la mirada.

Los guardias temblaron al verlo acercarse, Valdrock era delgado y un palmo más alto que ellos; tenía los ojos hundidos y ojerosos; pero lo que más intimidaba era, sin duda alguna, la acorazada armadura que llevaba puesta. Era negra en su mayoría, excepto donde se dibujaba o marcaba algún cráneo. La armadura tenía muchos de ellos, dos en los pectorales, uno en el estómago, las hombreras eran adornadas por un cráneo sin mandíbula a ambos lados. Las rodilleras tenían cráneos y a la altura lateral de los muslos también. Si se observaba bien, se podía percibir otros pequeños cráneos repartidos de manera irregular por todas las partes de la armadura. Finalmente, aquella horrorosa armadura negra; estaba ornamentada con innumerables y diferentes huesos de la anatomía humana; que se podían observar grabados sobre toda la superficie del metal.

—¿Qué quieren? —dijo Valdrock con repudio.

—El Patriarca Aren, requiere tu presencia con suma urgencia —logró decir uno de los guardias titubeando.

—¡Dile que iré enseguida! —dijo Valdrock.

Los guardias asintieron con la mirada y se dispusieron a retirarse, pero justo antes de dar el primer paso, Valdrock puso su mano sobre el hombro del guardia que había tocado a su mujer.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Valdrock con una

voz fría. El guardia sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Me llamo Lendas, señor —respondió, tratando de sonar natural. Pero no lo consiguió.

—Te diré una cosa. ¡Lendas, hijo de la escoria! —dijo Valdrock, al mismo tiempo que presionaba el hombro del pobre guardia—. ¡No vuelvas a tocar a mi mujer! Porque la próxima vez te arrancaré la mano desde el hombro.

Valdrock tenía las manos enguantadas, la armadura de sus guantes era tan ostentosa, negra y terrible como el resto de su armadura. El guardia empezó a gemir de dolor, intentó zafarse, pero le resultó imposible moverse de la tenaza del Caballero oscuro.

—¡Suéltalo! —gritó el otro guardia, Valdrock lo ignoró.

—¿Has entendido, escoria? —dijo Valdrock y la armadura del hombro del pobre guardia tronó, se dobló y el dolor se apoderó del desdichado.

—¡Sí, entiendo! —dijo el guardia en un tono que sonó más a una súplica que una respuesta. Entonces Valdrock lo soltó.

—¡Dile a Aren que enseguida voy! —dijo Valdrock despidiéndolos.

Aquel caballero oscuro, no solo era sombrío y de pocos amigos; era también, extremadamente poderoso. Era, el Caballero de las calaveras.



CAPÍTULO 2

EL ÁNGEL ATRIZEL

Minutos más tarde, Valdrock abandonó la posada. Afuera, lo esperaba su negro corcel. Se trataba de un enorme y fuerte caballo, al que Valdrock había bautizado como: Neesha. Se acercó a él y rascó su cuello. Valdrock, al tacto pudo sentir sus fuertes músculos, el animal agradeció las caricias con un fuerte relincho.

Valdrock, subió a su montura y se dirigió hacia el templo de la ciudad. Al llegar a las puertas, fue recibido por dos guardias que le ofrecieron ayuda para desmontar. Valdrock los rechazó, con un ademán de su mano. Desmontó solo, y dejó que lo condujeran hasta el interior.

El templo tenía un salón muy grande dentro, con columnas redondas por todas partes y un techo que llegaba hasta donde la vista no alcanzaba. En el centro de la enorme sala, unas escaleras circulares se alzaban con diez escalones, arriba de las escaleras había una plataforma de piedra lisa, donde un trono ornamentado con figuras angelicales se alzaba y sobre él, un hombre se encontraba sentado.

Aquel hombre, vestía una túnica gris, característica de los raelinos; estaba adornada con botones y costuras

finas de oro. Una solapa dorada envolvía el cuello de aquel importante personaje y en sus manos llevaba anillos, uno en cada dedo. Los anillos iban desde acero, oro, plata y otras piedras preciosas.

Valdrock se colocó al inicio del primer escalón, tuvo que levantar la cabeza un poco para mirar al hombre sentado ahí arriba.

—Patriarca Aren. ¿Me llamaste? ¿Qué quieres de mí? —preguntó Valdrock.

—¡Bienvenido, Caballero de las Calaveras! Hace tiempo que no conversábamos —dijo el hombre en el trono, con tono arrogante.

—Ahora aquí estoy, Patriarca Aren. ¿Dime que quieres de mí? ¿Es acaso alguna nueva misión que ninguno de tus inútiles hombres puede realizar? —dijo Valdrock cortantemente.

El Patriarca Aren lo fulminó con la mirada, luego se puso de pie, pensó por unos instantes e ignorando las acusaciones de Valdrock, le dijo.

—Sí, tengo una misión especial para ti —afirmó el Patriarca—. Andan muy cerca de aquí, un hereje y un traidor. El último reporte dice que estuvieron en la fortaleza Pen. Según se rumorea, al parecer se dirigían a la ciudad de Taverim. Quiero que los rastrees, captures y los traigas con vida hasta aquí —explicó el Patriarca.

—¿Un hereje y un traidor? Esa no parece una tarea para mí. Busca un contingente de diez hombres a caballo que les den caza —protestó Valdrock.

—No hablamos de hombres comunes. Son caballeros, al menos uno de ellos lo es; porta una armadura acorazada como la tuya —dijo el Patriarca Aren.

—Entonces envía a veinte —dijo Valdrock.

—¡Son muy poderosos! ¡Ya fueron vistos en otras ciudades y nadie los ha podido detener! —exclamó Aren molesto. Valdrock lo miró por un instante, luego se giró y yéndose dijo:

—¡Entonces que sean treinta! —dijo y se fue a paso resuelto.

Al Patriarca le hirvió la sangre de rabia. Se preparó para argumentar con un dato importante y le dijo.

—¡Uno de ellos es Alain! —su voz resonó en el salón.

Al oír ese nombre, Valdrock se detuvo de súbito. Alain y Valdrock fueron compañeros y amigos por muchos años, Valdrock siempre fue el caballero de la ciudad de Dorian y Alain de Aurias, junto a otros caballeros acorazados de otras ciudades, realizaban múltiples misiones, casi todas en contra de los demonios y de las bestias infernales. Cuando hace diez años llegó la Guerra de la Purificación, todos los caballeros emprendieron juntos la lucha contra los furianos, guiados por los ángeles que eran y aún son sus dioses. Pero la guerra fue volviéndose turbia y confusa, algunos ángeles no parecían querer participar más. Otros, como el ángel Rael, buscaba la exterminación total de algunas razas; pactó con los demonios, y juntos convocaron a las enormes bestias que custodiaban los cuatro volcanes de Trimeria, «Los devastadores». Estas bestias aladas y temibles, trajeron consigo la destrucción, por cielo, agua, viento y tierra; destruyendo ciudades enteras. Mientras que, por detrás, los ejércitos comandados por Valdrock, Alain, Ainar y otros caballeros, venían exterminando cuerpo a cuerpo, a todo hijo de demonio, razas híbridas y tríbridas; que estuvieran apoyando a los furianos. Pero principalmente los ángeles querían dar fin a los

furianos, una raza de hombres que para ese entonces se había convertido en una amenaza para los ángeles.

Aquellos actos reprochables y cobardes, hicieron que algunos caballeros desistieran de las misiones poco a poco; entre ellos Alain y los suyos. Por otra parte, caballeros de corazón más duro y por ganarse el favor de los ángeles, prosiguieron con los atroces crímenes contra inocentes. Fue así que la amistad entre Alain y Valdrock se vio afectada. Cada uno tomó un camino diferente. La última vez que se vieron fue cuando los cuatro caballeros de Aurias: Alain, Ainar, Golder y Darius; estaban rescatando sobrevivientes de un ataque de bestias demoniacas a una de las aldeas cercanas a la ciudad de Aurias. Aldeas de las que rescataron a veinte niños, entre ellos Astor y Jolbart.

Alain y sus amigos prepararon un carromato para transportar a los sobrevivientes. Antes de que llegara Valdrock, para terminar de erradicar aquella aldea que la habitaban en su mayoría descendientes directos e indirectos de los demonios, a los que llamaban sangrianos. Valdrock tenía la misión de secuestrar y llevarse a todos los niños. Alain y los suyos, conociendo con anticipación sus intenciones, lograron ocultar entre los muertos al menos dos niños; que fueron Astor y Jolbart, para salvarlos de las manos de Valdrock. Aquella vez, fue la última que Valdrock y Alain se vieron.

—Hace diez años no he sabido nada de Alain —dijo Valdrock al patriarca, más como una protesta que como un comentario.

—¡Aun así, eres el que mejor lo conoce! ¡Y eso te convierte en el mejor candidato para atraparlo! —dijo el Patriarca Aren.

Valdrock meditó en aquellas palabras por un ins-

tante y luego dijo.

—¡No lo haré! —dicho esto se marchó. Pero cuando apenas había dado dos pasos, una voz tronó en el salón.

—¡Alto ahí Valdrock! —dijo la voz que provenía de atrás de unas columnas; al lado derecho del trono, donde las sombras y la oscuridad reinaban.

Valdrock se giró y solo alcanzó a ver la silueta de una figura humana. El Patriarca Aren, al oírlo, lo miró y exclamó.

—¡Mi señor Atrizel! —dijo inclinando la cabeza y poniéndose de rodillas.

—Me dijiste que tú podrías controlar a este caballero. Dijiste que te obedecería en todo —dijo el ángel Atrizel—. ¡Veo que no es así!

—Obedecerá, mi señor —afirmó Aren, sin levantar la cabeza.

—¡Dile entonces, que se arrodille! Está en presencia de uno de sus dioses, a los que juró lealtad —ordenó el ángel Atrizel.

El Patriarca Aren, fulminó con la mirada a Valdrock.

—¡Valdrock! ¡Arrodíllate! Estás en presencia de un ángel.

Valdrock ignoró las amenazas del patriarca, solo permaneció inmóvil en su lugar, mirando al ángel que se ocultaba entre las sombras.

De pronto el ángel empezó a salir de entre las columnas hasta posicionarse al lado del trono del patriarca. El ángel Atrizel, lucía una armadura de color dorado bruñido. El yelmo le cubría casi toda la cara. Solo tenía dos aberturas; una horizontal para los ojos y otra vertical para la boca y nariz. Ambas aberturas se unían formando una

«t». El resto del yelmo protegía la quijada, la frente y toda la cabeza. La armadura del yelmo tenía forma de llamas de fuego que salían de la cabeza, dando al yelmo un aspecto alargado que terminaba en varias puntas, como si de su cabeza salieran llamas de fuego.

Las hombreras eran enormes y acorazadas, que bajaban desde el cuello, pasando por los hombros y colgaban hasta los codos. Tenían formas de escamas; placas doradas unas sobre otras. Los brazaletes le cubrían desde el codo hasta las muñecas.

El faldaje le cubría toda la cintura, bajaba desde los costados hasta por debajo de las rodillas. Seguro llevaba armadura en las piernas, pero estas no se veían porque una túnica blanca con ornamentos decorativos de color oro, le cubrían desde debajo del faldaje hasta los tobillos; dejando ver solo un par de pies cubiertos por botas metálicas. Por detrás una capa blanca con ornamentos dorados a juego con la túnica colgaban desde sus hombros hasta el suelo.

El peto era imponente, digno de un ángel; tenía detalles en diferentes tonos de dorado, yendo del más claro a tonos más oscuros. Líneas, círculos y figuras en forma de llamas de fuego; fueron cuidadosamente colocados para adornar el peto de la armadura. Y en el centro, muy visiblemente, un símbolo que Valdrock no sabía lo que era. Ya lo había visto antes, no solo en la armadura de Atrizel, sino en todas las armaduras de los ángeles que él había visto en persona.

Aquel extraño símbolo, parecía una marca o algún distintivo de los ángeles, que nadie conocía su propósito o finalidad. Se encontraba ubicado en medio de los pectorales, a la altura del esternón. Finalmente, su aspecto era imponente, hermoso y a la vez temible.

El ángel Atrizel miró a Valdrock y empezó a descender por las escaleras hasta donde él se encontraba. El ambiente del salón se llenó de un sonido metálico contra la piedra; que producían las botas al pisar cada escalón. Atrizel llegó hasta el borde de las escaleras, pero no descendió por el último escalón, de ahí llamó a Valdrock.

—¡Ven aquí! —dijo el ángel con una voz fría. Valdrock dudó, pero finalmente obedeció y se acercó hasta estar frente a frente con él. Desobedecer abiertamente a un ángel era algo que ni el propio Valdrock podía darse el lujo de hacer. Pues su poder no era nada comparable al de un ángel.

Cuando Valdrock se acercó, tuvo que levantar la cabeza para mirarlo; pues el ángel, sobre el escalón añadido a su metro con noventa y cinco centímetros de estatura; se encontraba a una cabeza más alto que él.

CAPÍTULO 3

EL ÁNGEL ATRIZEL II

—¡Arrodíllate! —ordenó el ángel mientras lo atravesaba con una mirada letal a través de su yelmo. Lo único que impedía que Valdrock doblara las rodillas era su orgullo. Él fue uno de los mercenarios personales de los ángeles en la Guerra de la Purificación. Para hacerlo, primero tuvo que convertirse, a la fe raeliana y luego jurar lealtad al ángel Rael, el ángel más poderoso de los doce, que todo Trimeria conocía.

Los demás ángeles estaban al servicio de él, entre ellos Atrizel. Un ser despreciable y egoísta; odiaba a la raza humana y todo lo que descendía de ella.

Valdrock a pesar de su lealtad hacia Rael, era más leal a sí mismo y sus intereses. Él quería ser el caballero más poderoso del mundo y el más temible. Su posición como mercenario raelino, su relación con el ángel Atrizel; aunque no sea buena, y sus influencias con el Patriarca de la ciudad de Dorian, Aren; le permitían a Valdrock desplazarse por casi toda Trimeria, e ir a cualquier parte, hablar con cualquier patriarca y tomar cuantos recursos y suministros quisiera.

Después de unos segundos, Valdrock tomó la decisión de arrodillarse y no dijo ni una sola palabra. No era

momento de echar a perder todo lo que había ganado hasta ahora, solo necesitaba fingir una vez más respeto y reverencia hacia aquel ser que se consideraba un dios para él.

—¡Así me gusta! —exclamó satisfecho el ángel—
Hasta los lobos infernales aprenden algunos trucos a veces. ¿Tú crees que esta escoria no podría aprender también? —preguntó mirando hacia donde se encontraba el Patriarca Aren, que observaba en silencio.

—¡Sí, mi señor! Puede aprender —afirmó Aren.

—¡Valdrock! ¿Has entendido la misión que se te ha encomendado? —preguntó el ángel.

—Si se trata de herejes y traidores. ¿Por qué no se encargan ustedes los ángeles directamente? —preguntó Valdrock intentando sonar sereno y respetuoso.

El ángel se giró y empezó a subir por las escaleras nuevamente.

—Los hombres deben de castigar a los hombres —empezó a decir Atrizel—. Deben de ser castigados por quienes reciben las bendiciones de nosotros, los ángeles. Los líderes que nombramos deben de mantener el orden en sus ciudades y nosotros nos encargamos también de castigar a nuestros herejes y traidores —siguió explicando al mismo tiempo que sus botas metálicas golpeaban el piso con cada escalón que subía.

—Mi señor. ¿Acaso hay herejes y traidores entre los ángeles? —preguntó el Patriarca Aren con una voz temblorosa.

—¡Por supuesto que los hay! —afirmó Atrizel—. Pero de ellos nos encargamos nosotros.

—¿Pero qué ángeles son los que se rebelaron contra Rael? —preguntó desconcertado el Patriarca.

—¡Haramiel es uno de ellos! —intervino Valdrock

de pronto. Atrizel se giró y lo miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes? —tronó Atrizel. Valdrock articuló una media sonrisa en su rostro.

—Alain me lo dijo—respondió—. Me dijo que el ángel Haramiel venía a él y hablaban en secreto. Creí que estaba mintiendo, ahora lo entiendo. —aclaró Valdrock.

El ángel quedó sorprendido, como era posible que un simple hombre supiera de los problemas en el reino de los ángeles, eso no era aceptable.

—¿Qué más sabes? ¡Habla! —ordenó Atrizel.

—¡No sé nada más! —afirmó Valdrock que se acababa de arrepentir de hacer aquel comentario. Era mejor haberse guardado aquello para sí mismo—. ¡Se lo aseguro, no me atrevería a mentirle a un ángel! —agregó Valdrock, haciendo una reverencia en señal de respeto, o eso fue lo que intentó hacer.

—¡No me mientas escoria! —estalló el ángel.

Valdrock ante la ira de Atrizel, agachó la cabeza en señal de sumisión; pero tuvo que levantarla casi de inmediato cuando sintió como el templo en donde se encontraban, empezó a iluminarse de pronto.

Alzó la cabeza en dirección a la fuente de luz que acababa de aparecer, y vio ahí al ángel parado en el último escalón con sus alas de luz, que nacían desde su espalda. Las traía plegadas y emitían una luz; clara y potente al mismo tiempo; que hacía resaltar más la silueta de la poderosa armadura que llevaba.

A diferencia de las creencias populares, las alas de los ángeles, no estaban conformadas por un esqueleto y cubiertas de plumas, como una extensión de su anatomía. Por el contrario, las alas eran una extensión de su espíritu divino. Por esa razón salían del interior de su cuerpo a

voluntad, y se manifestaban en forma de tirones de luz.

Su aspecto era majestuoso, aquellas ondas de luz, realizaban un vaivén; se movían muy lentamente, pero mantenían su ubicación original. Lo que generaba en el ambiente un constante baile de sombras, que se movían lentamente; dando una sensación casi relajadora y adormecedora. Todo aquello contrastaba, de manera significativa, con la voz cargada de ira del ángel.

No obstante, se observaba una presencia más intensa y discordante en aquellas alas de luz, y se trataba de tres pares de cadenas de oro que se desplazaban desde las alas y se conectaban al peto de la armadura, exactamente en el lugar donde se hallaba aquel símbolo extraño. Era fácilmente deducible, que aquellas cadenas ataban sus alas para que no pudieran desplegarse.

Los tres pares de cadenas, tomaban el ala de tres puntos específicos: De la parte más alta; aquella que se encontraba atrás del hombro, del medio del ala y del extremo, respectivamente. El otro extremo de las cadenas iba conectado al extraño símbolo en el peto de la armadura, a la altura del esternón; parecía una especie de candado que sujetaba los tres pares de cadenas.

A lo largo de los primeros siglos, los hombres dedujeron que aquello era el motivo principal por el que los ángeles no podían volar. Además de volar, ¿qué otras cualidades o poderes les fueron prohibidos manifestar a estos ángeles? Algunos estudiosos decían que: «Ese fue el precio que estos ángeles pagaron para venir a salvar este mundo».

Por otra parte, Alain decía: «Ese es su castigo por algo que hicieron» Por tanto, el único don que perdieron cuando fueron «apresados» de esa manera, no fue solo el poder volar. Las alas de luz, ocultaban una serie de habi-

lidades y poderes que los ángeles tenían. Los doce ángeles padecían de la misma situación; podían invocar sus alas, pero al mismo tiempo aquellas cadenas se manifestaban y apresaban sus alas, impidiéndoles desplegarlas por completo. Por tanto, no podían volar.

Sin embargo, el caso del Arcángel Miguel, era diferente. Quienes tuvieron la bendición de verlo alguna vez, aseguraron y escribieron sobre él; que en su armadura no existía dicho símbolo, marca o candado, y que este podía desplegar sus alas de luz y volar a voluntad.

—Te preguntaré una vez más, maldita escoria — tronó el ángel— ¿Qué más sabes sobre la rebelión de los ángeles?

—Solo sé, lo de Haramiel, que ya lo expliqué — aseguró Valdrock e intentó realizar otra reverencia con la cabeza en señal de respeto.

—¿Qué sabes del otro ángel? —preguntó de pronto Atrizel.

—¿El otro ángel? ¿Hay acaso otro ángel rebelde? —preguntó Valdrock sorprendido.

—¡Sí! Haramiel y una de sus hijas están en total rebeldía con el gobierno de Rael —explicó Atrizel—. Pero ya veo que no sabes nada de ella —agregó mirando a Valdrock por segunda vez—. La ignorancia de tu rostro es genuina, no como tus absurdas y falsas reverencias.

El ángel guardó sus alas en ese momento. Los tiros de luz se replegaron al interior de su cuerpo otra vez, volviendo del mismo lugar de donde salieron, de su espalda. Las cadenas doradas se desvanecieron en un instante y el salón volvió a su habitual luz tenue, iluminado por antorchas.

Aquella nueva información de los ángeles interesó

a Valdrock, tendría que ver cómo aprovechar la situación. Si lograba averiguar, cuantos ángeles se estaban rebelando contra Rael, quizás podría decidir mejor a que bando pertenecer en una posible guerra que estaría por llegar.

—¡Está bien! ¡Aceptaré la misión! —dijo Valdrock luego de unos segundos.

—¡Claro que la aceptarás!, ¡porque es una orden! —tronó Atrizel—. Ahora, extiende tu brazo derecho —le ordenó. Valdrock por un momento dudó, pero finalmente obedeció.

Atrizel, extrajo de su muñeca un pequeño pedazo de su armadura, era una pieza en forma de manilla, que llevaba en su muñeca derecha. La pieza se desprendió del ángel y se fue levitando por el aire a través de su poder. La pieza llegó hasta el brazo extendido de Valdrock y se puso sobre su armadura, envolviendo su muñeca.

Valdrock, observó la pieza dorada que contrastaba fuertemente con su negra armadura. También observó que en el centro de la manilla había una joya que tenía un inusual brillo tenue, como si tuviera vida propia.

—¿Y esto para qué es? —preguntó Valdrock.

—Eso, es una joya divina. La llevarás puesta durante tu misión como un emisario que va en mi nombre —explicó el ángel—. Además, te protegerá si acaso te llegarás a topar con un devastador.

Ni siquiera el propio Valdrock querría toparse con un devastador en su camino, aquello no se lo podría imaginar. Por fortuna, las palabras del ángel eran claras: «te protegerá si acaso te llegarás a topar con un devastador».

—¿Qué tengo que hacer con la joya? —preguntó Valdrock.

—¡Nada!, solo llevarla puesta —respondió Atri-

zel—. ¡Ahora vete y no regreses sin Alain, prisionero! —agregó haciendo un gesto despectivo con la mano, indicando que se largara de una vez. Valdrock se giró y caminó directo a la salida.

—¡Ve primero a la fortaleza Pen y luego dirígete a la ciudad de Taverim! —gritó el Patriarca Aren a la espalda de Valdrock en un intento de demostrar que era él quien estaba dando las órdenes.

«¡Si claro! ¡Iré donde me plazca!» —se dijo Valdrock para sí mismo, ignorando las palabras del Patriarca, y a continuación abandonó el templo.

Cuando salió, no vio a su negro corcel cerca. Entonces, emitió un silbido agudo y fuerte. A los pocos segundos una enorme sombra negra se acercó galopando hacia él. Valdrock la recibió con agrado, era Neesha. La acarició por unos breves segundos, había siembre tiempo para aquello. Luego montó y se alejó del templo.



CAPÍTULO 4

FLOR DE PEONÍA Y FRAGANCIAS DE FRESIA Y GARDENIA

Una hora más tarde, Valdrock se encontraba en su casa, preparándose para su largo viaje; podría estar semanas tras el rastro de Alain, además necesitaba meditar y pensar en todo lo que había hablado con el ángel Atrizel. Por otro lado, su mujer llamada, Asteria, le alistaba sus provisiones.

—¿Qué misión te ha encomendado el Patriarca? —preguntó Asteria.

—No te lo puedo decir —respondió Valdrock secamente.

—¿Correrás algún peligro?

—Ja, ja, ja. —articuló una risa fingida—;Claro que no! ¡Yo soy Valdrock, el Caballero de las Calaveras! —dijo orgulloso, mientras se vestía—. Además, solo debo capturar a un hereje y traidor.

La seguridad de sus palabras tranquilizó el corazón de la mujer.

—¿No me dirás nada más? —preguntó ella sin esperanzas de recibir una respuesta.

—¡No! —respondió tajantemente— Sabes que lo hago por tu propia seguridad —dijo luego de un momento.

—Lo sé —dijo ella y mirándolo a los ojos le regaló una sonrisa.

—Ahora ponme la armadura —le ordenó.

Asteria empezó a vestirlo con su armadura; era pesada, pero ella ya estaba acostumbrada a hacer ese trabajo. Cuando tomó uno de los brazaletes de su armadura, notó aquella manilla dorada, a la altura de la muñeca que contrastaba con la negra armadura; extrañada, ella la observó con mucha curiosidad. No era para menos, aquella joya, tenía un extraño brillo tenue, como si tuviera vida.

—¿Qué es esta manilla? —preguntó Asteria con ojos de incredulidad.

Al instante, Valdrock aplacó su curiosidad con una mirada fría que enviaba una clara respuesta. «No te lo diré». A continuación, arrancó de cuajo un pedazo de tela de su capucha, y volviéndose a acercarse a Asteria, empezó a envolver la tela sobre su muñeca, ocultando la manilla dorada; él no quería llamar la atención de nadie más, a causa de aquella joya.

Asteria, resignada y a la vez acostumbrada a los secretos de su amado, decidió no insistir más en aquel asunto. Ella sabía que no lo vería nuevamente en varios días, y esperaba que cuando regresara, volviera sano y salvo. Eso era lo único que en verdad le importaba.

Ella misma lo recibiría para ayudarlo a quitarse la armadura, parte por parte, pieza por pieza; al mismo tiempo que examinaría su cuerpo para ver si había sufrido alguna lesión.

Ayudarle a ponerse la armadura era un ritual similar para ella, esperaba que aquellas acorazadas piezas de metal, lo protegieran de cualquier peligro. Aquellas calaveras en su armadura, que para muchos era un terror, para ella eran una gran bendición; aquellas calaveras, o lo que sea que significaran, protegían a su hombre, y por eso ella las admiraba.

Cuando finalmente terminó de vestirlo, Valdrock era otro hombre, un digno caballero de las tinieblas, que hacía que los corazones se estremecieran con solo verlo. Sin embargo, Asteria, lo miraba con admiración y orgullo; él servía a los ángeles, protegía la ciudad de Dorian y la protegía a ella; él era, la luz de su vida.

Asteria sacó de entre sus ropajes una flor que llevaba preparada para la ocasión. Era una flor de peonía, era del tamaño de la palma de la mano, su fragancia era deliciosa y adictiva.

—¡Toma! —exclamó ella. Valdrock odiaba las despedidas y los regalos.

—Guárdala para mi regreso —le dijo rechazando el regalo. Pero antes que él se marchara, ella lo agarró del brazo.

—¡Que la flor de peonía te recuerde siempre a mí! —dijo Asteria y le metió la flor por la armadura del brazo derecho, tan profundo como sus delgadas manos le permitieron entrar. Valdrock ahora tendría que quitarse los brazaletes de los brazos para poder sacarla, si es que aún quisiera hacerlo.

—¡Te estaré esperando todas las noches! —dijo ella y a continuación, sacó de uno de sus bolsillos de su vestido, un frasquito de vidrio tapado con un corcho de madera. Rápidamente, lo abrió y de su interior vertió un poco

de aceite sobre sus manos; lo untó e intentó colocar sus manos sobre el rostro de su amado recitando una plegaria.

—¡Que los ángeles guíen tu camino y te guarden de todo ser, hombre, demonio o bestia que quiera herirte! —dijo Asteria con los ojos cerrados. Valdrock detuvo a su mujer por las muñecas, antes que sus manos llegaran a su rostro. Aquel aceite olía a flores de fresia y gardenia.

—¡Te lo agradezco! —dijo Valdrock mientras le sostenía las muñecas—. ¡Estaré bien! —agregó luego, y fue bajándole las manos suavemente—. ¡No querrás que salga oliendo a rosas! ¿Verdad? —preguntó arqueando una ceja. Ella sonrió, luego de unos segundos de silencio él se despidió.

—¡Ya es hora! —dijo Valdrock fríamente y se giró en dirección a la puerta. Ella asintió con la cabeza tranquilamente. Y antes que abriera el pomo de la cerradura, ella lo abrazó por detrás fuertemente.

—¡Adiós! ¡Cuídate! —dijo ella, mientras paseaba sus manos por el peto de su armadura, impregnando de aceite todo lo que podía. Valdrock sintió las fragancias de fresia y gardenia en su nariz, entonces puso los ojos en blanco, ya no había nada que pudiera hacer. Valdrock se giró hacia ella con una mirada de desaprobación, pero cuando la tuvo frente a frente no le dijo nada. A pesar de que a él no le gustaban esas cosas, su mujer se había salido con las suyas, y como ya no la vería por varios días, decidió dejarlo pasar.

—¡Adiós! —Finalmente, dijo Valdrock, luego, se despidió, la beso por unos segundos y salió de la casa.

—«¡Adiós! ¡Caballero de las calaveras y de las flores! ¡Mi amado!» —dijo Asteria en un susurro, para sí misma, luego que Valdrock atravesara por la puerta.

Cuando por fin Valdrock hubo cruzado la puerta de su casa, afuera lo esperaban cinco jinetes al lado de su caballo. Valdrock, miró a los jinetes con desconcierto, hasta que uno de ellos habló.

—¿Señor Valdrock! ¡Nos envió el Patriarca Aren a acompañarlo en su misión! —dijo uno de ellos—. Estuvimos tres horas esperando fuera de su casa —agregó luego.

Valdrock no dijo nada, solo sonrió. A continuación, cargó su macuto a un costado del caballo y puso su escudo al otro.

—¿Estás preparado, Neesha? —preguntó a su negro corcel. El animal relinchó—. Sí, lo sé. Será un largo camino. No temas, yo te protegeré.

Valdrock, mantuvo aquella «conversación», con su caballo por unos segundos más, ignorando a los demás jinetes.

Por su parte, los guardias se indignaron, pero ninguno se atrevió a protestar o decir algo. Solo se mantuvieron en silencio observando la escena. El olor a fresia y gardenia llegó al olfato de los guardias, qué, desconcertados, empezaron a mirarse entre ellos. Pero claro, ninguno se atrevió a decir una sola palabra al respecto.

Finalmente, Valdrock montó y se dirigió a las puertas de la ciudad y los cinco jinetes lo siguieron.

Al llegar a las puertas de la ciudad, los guardias que la custodiaban ya habían sido informados, así que apenas vieron al caballero y sus jinetes venir, las abrieron de par en par. Una vez afuera, Valdrock tomó el camino de la derecha. Los jinetes nuevamente se miraron desconcertados, pues el Patriarca Aren, les había ordenado que acompañaran al caballero Valdrock, a la fortaleza Pen, pero Valdrock, había tomado el camino equivocado. Entonces,

armándose de valor uno de sus jinetes, preguntó.

—¡Señor! ¡Ese no es el camino que va a la Fortaleza Pen! ¡Debemos tomar el de la izquierda! —dijo el guardia.

—¡Y quién te dijo que iremos a Pen! —dijo Valdrock mientras continuaba por el camino de la derecha—. ¡Iremos primero a la ciudad de Aurias! —agregó sin detenerse. Los jinetes se miraron dubitativos, pero finalmente lo siguieron.

—Aren, cree que puede ordenarme donde tengo que buscar primero —dijo Valdrock.

—Señor. Pero, el hereje a quien perseguimos, fue visto por última vez, en la fortaleza Pen —dijo otro de los guardias.

—Primero, visitaremos la casa de dicho hereje y hablaré con algunos amigos suyos —dijo Valdrock.

—Señor Valdrock. ¿Cómo conoce usted a los amigos de ese hereje? —preguntó otro de los guardias.

—Porque también fueron amigos míos una vez —dijo Valdrock. Los guardias intercambiaron miradas de incredulidad y antes de que dijeran algo más, Valdrock los fulminó con su letal mirada y les dijo con una voz penetrante y poderosa.

—Ahora, ¡silencio! —tronó—. No volverán a abrir la boca hasta que yo se los ordene. Que eso será, hasta llegar a la ciudad de Aurias —finalmente, sentenció el Caballero de las Calaveras.



CAPÍTULO 5

UN VISITANTE DE OSCURIDAD

El viaje a caballo, desde la ciudad de Dorian hasta Aurias, era de tres días; si se descansaba por las noches. Se habían construido varias fortalezas de paso, en todos los caminos que iban de ciudad en ciudad; cada veinte o treinta kilómetros. Esto con el fin de que los viajeros pasaran las noches ahí para resguardarse de los terrores de la oscuridad: como los temibles lobos infernales y otras bestias.

En el camino, pasaron primeramente por la fortaleza Jal, luego por Lix; finalmente llegaron a la ciudad de Reldis. Aquella pobre ciudad, tenía una improvisada muralla de madera. La decadente muralla, carecía de todo

tipo de seguridad; tenía en muchos lugares partes destruidas por donde cualquier lobo infernal podría entrar sin problemas. Además, nadie custodiaba sus puertas, apenas un par de guardias estaban sobre una de las torres; vestían armaduras ligeras, o más bien partes de armaduras; que no prestaban ningún tipo de protección. Finalmente, el aspecto cansado, desnutrido y sucio de aquellos guardias, no representaban ninguna amenaza para nadie.

¿Cómo sobrevivían las noches en aquella ciudad? Aquello, tenía una respuesta. Los ciudadanos de Reldis, conocidos como la raza de hombres reldirianos; gracias a la superficie rocosa y montañosa de su suelo; habían excavado túneles y creado viviendas dentro de las superficies más elevadas. Los pequeños orificios por donde ingresaban las personas eran tapados por más rocas y fácilmente defendidos en caso de que un lobo quisiera entrar; ya que la mayoría de los agujeros eran muy pequeños para que un lobo pudiera ingresar con facilidad.

Valdrock, no quiso detenerse en Reldis, aquella ciudad no tenía nada que ofrecer, decidió pasar de largo hacia la siguiente fortaleza, Genen; y pasaron la última noche ahí. A la mañana siguiente partieron muy temprano; no había más fortalezas de paso hasta la ciudad de Aurias, era uno de los tramos más largos, sin fortalezas de por medio; cabalgarían todo el día.

Cuando ya estaban a un par de kilómetros de Aurias, pasaron por un icónico lugar; una estatua muy conocida en toda Trimeria. «La estatua de los ángeles». Era una escultura majestuosa con un valor divino para todos los creyentes, tanto Miguelinos, como Raelinos. Representaban a los tres ángeles gobernantes: Rael, Baraquel y Anaita. Y por detrás de ellos coronaba el Arcángel Miguel.

Valdrock, no pudo evitar detenerse cuando notó algo muy inusual en la estatua. La figura del ángel Rael, estaba decapitada. Desde la montura de su caballo, Valdrock observó la profanación. Buscó con la vista y a pocos metros de ahí, vio la cabeza de piedra de la estatua de Rael.

—«Esto es obra de Alain» —dedujo para sí mismo.

A Valdrock, no le importaba en absoluto el que destruyeran toda escultura, símbolo u objeto que sea digno de adoración en favor de los ángeles. Él odiaba a los ángeles. Pero lo que sí le llamaba la atención era; el que Alain tuviera la osadía de cometer tales actos sin pensar en las consecuencias. O tal vez, ¿sería eso lo que planeaba? Crear consecuencias y atraer la atención de los ángeles a sí mismo. En cuanto capturara a Alain, sería lo primero que le preguntaría.

—No nos detengamos, no hay nada que ver aquí. La noche está por caer —ordenó a sus hombres.

Valdrock, no esperaba toparse en el camino con lobos y mucho menos encontrarse con Dusianos. Una especie de bestia humanoide, de largos y gruesos brazos; un hocico de reptil, con cola y piernas cortas. Si él fuera sorprendido por una de estas bestias, se hallaría en serios problemas.

Pero sus hombres no correrían la misma suerte, podrían bastar dos lobos para acabar con los cinco jinetes.

A Valdrock, no le importaba la vida de aquellos hombres, que tuvieron la mala fortuna de escoltarlo por órdenes del Patriarca Aren.

Cabalgaron casi todo el segundo día sin parar y antes de que cayera la segunda noche, llegaron a una colina y detrás de ella se encontraba la ciudad de Aurias.

—¡Eh ahí, la ciudad de Aurias! —exclamó Valdrock con cierta ironía al ver las murallas que se veían apenas a unos doscientos pasos.

Las murallas de la ciudad de Aurias, no eran una de las fortificaciones más grandes en comparación con las ciudades de: Dorian, Belgaria, Sacra o Nirvo y ni que decir de las tremendas fortificaciones impenetrables y escalonadas de la ciudad de Craco; hogar de los lencarios. Las murallas de Aurias, eran modestas; tenían como cuatro metros de alto y un adarve de poco más de un metro de ancho. Había torres en diferentes puntos de la muralla y principalmente, dos que custodiaban las puertas de ingreso. Una de las torres era un poco más alta que la otra. Cuando Valdrock y sus hombres llegaron a las puertas fueron recibidos por dos guardias.

—¡Alto ahí! —ordenó uno de los guardias.

—¡Quiero hablar con el patriarca de esta ciudad! ¡Ahora mismo! —dijo Valdrock.

—¡El Patriarca no recibe a nadie que no haya sido anunciado! ¡Y no hemos recibido órdenes de tu visita! ¿Quién eres? —preguntó el guardia.

—¡Yo soy Valdrock! ¡Caballero de las Calaveras de la ciudad de Dorian! —dijo con una voz temible—. ¡Ve, y anúnciame de una vez! —ordenó finalmente.

El guardia quedó helado de miedo al observarlo con detenimiento. Aquella armadura llena de calaveras era espantosa, y la forma en como le había hablado lo había hecho temblar.

—¿Acaso no me has oído? —tronó Valdrock una vez más—¡Voy a entrar por las buenas o por las malas! —dijo y lo fulminó con la mirada. Los guardias se miraron entre ellos y se pusieron en tensión.

El guardia se replegó al interior de la muralla con apremio, mientras Valdrock lo siguió con la mirada hasta perderlo. Unos breves minutos más tarde, Valdrock, observó a un hombre en un sector de la muralla, que lo miraba con atención. Se trataba de un aciano que llevaba una lanza en su mano. Valdrock, intercambió una mirada con aquel viejo a la distancia y lo reconoció.

—«¡Travis! Qué sorpresa encontrarte en Aurias, después de tanto tiempo» —susurró para sí mismo el caballero de las calaveras.

A los pocos segundos, observó como el anciano Travis, intercambiaba unas palabras con un corpulento y feo guardia, que llevaba un parche en el ojo. Al poco rato, el tuerto guardia, abandonó la muralla.

Pasaron unos minutos más, hasta que desde arriba de la muralla, una voz grave y potente se hizo oír.

—¡Déjenlo pasar! —dijo la voz. Valdrock levantó la mirada y vio sobre la muralla, la figura de un hombre de anchos hombros, una barba mediana y un poco canosa. Vestía una armadura acorazada, que resaltaba entre los demás hombres que observaban la escena desde la muralla.

—¡Ainar! —exclamó Valdrock exagerando su asombro—. ¡Tanto tiempo sin verte! ¡Compañero de batalla! —agregó con un gesto que intentaba parecer cordial. Valdrock, también observó que al lado de Ainar, estaba aquel feo guardia con un parche en el ojo.

—¿Qué te trae por mi ciudad Valdrock? —preguntó Ainar.

—Pero, ¿cómo has estado, amigo? —dijo Valdrock poniendo cuidadoso énfasis en la última palabra.

—¡Estaba bien, hasta que me informaron que esta-

bas a mis puertas! —dijo Ainar sin expresión alguna.

—¡No te preocupes, se pondrá mejor aún! —dijo Valdrock articulando una maliciosa sonrisa.

Ainar descendió de la muralla con paso relajado; todos los guardias empezaron a observar el encuentro. Estaban desconcertados. «¿Cómo podía Ainar, Caballero de la Ciudad de Aurias, conocer a un hombre como ese?, ¿acaso lo dejaría entrar en la ciudad así nada más?» —se preguntaban los guardias; pero ninguno se atrevió a hablar. Ainar llegó hasta las puertas de la muralla y recibió a Valdrock.

—¡Que tus hombres descansen y beban algo en la taberna! —dijo el Caballero Ainar e hizo un gesto con la mano a uno de sus guardias para que se encargaran de los recién llegados.

—¡Creí que la amabilidad y la cortesía de la ciudad de Aurias se había perdido, luego de la Guerra de la Purificación! —dijo Valdrock.

—¡Vamos! Te llevaré al templo, verás al patriarca. —dijo Ainar ignorando aquel comentario.

Valdrock desmontó y entregó su caballo a uno de los guardias; no sin antes acariciar el cuello del animal y fulminar con la mirada al guardia que tomaba las riendas de su caballo, en un claro mensaje que decía: «Te mataré si le sucede algo».

Luego se dirigió con Ainar camino al templo. En todo el trayecto de varias cuadras, las personas veían a Valdrock con curiosidad y temor al mismo tiempo. El aspecto del Caballero de las Calaveras no era para menos. Él, era un hombre alto y delgado; embestido con tan afamada armadura negra y de calaveras; finalmente, era lo más semejante a un demonio.



CAPÍTULO 6

LAS TINIEBLAS CONTRA EL FUEGO

Astor y Jolbart, luego que Travis les ordenara irse de la muralla; se reunieron con Sattir en las puertas del templo. Le contaron a Sattir lo ocurrido en la muralla con el feo de Odo, y que Travis había llegado a salvarlos en esta ocasión. Le contaron también, que Travis y Odo, estuvieron a punto de pelear. Sattir no podía creer que aquel anciano hubiera tenido la osadía de desafiar a Odo. «Pobre viejo, hubiera quedado despedazado» —pensaba Sattir. Sin embargo, a pesar de que ninguno de los tres había visto alguna vez pelear a Travis; Astor creía que en verdad el viejo tenía aquel poder del que tanto hablaba.

La conversación fue cambiando a asuntos más triviales; hablaban y reían de cosas que los jóvenes hacen. Y uno de sus temas preferidos era; buscar la manera de burlarse del maestro Elian, hablaban y reían del aspecto de sus ojos grandes y saltones, y de cómo se ponían cuando se enojaba.

—¡Yo creo que, si juntos lo hacemos enojar, al menos uno de sus ojos explotará! —dijo Sattir gracioso.